

# STAR WARS

The cover art features a close-up portrait of Poe Dameron with dark, wavy hair and a serious expression, wearing a green jacket. To his left, a small orange and black droid stands. The background is a large blue planet with a grid of light blue lines. The title 'STAR WARS' is at the top in white, and the character name and title are at the bottom in white.

POE DAMERON  
**CAÍDA LIBRE**  
ALEX SEGURA

## MIENTRAS MÁS ALTO VUELAS, MÁS FUERTE ES LA CAÍDA...

Poe Dameron siempre ha querido volar. Su madre, Shara Bey, quien piloteaba un A-wing para la Rebelión en la lucha contra el Imperio, estaba más que dispuesta a enseñarle a su hijo todo lo que sabía sobre ser piloto; sin embargo, falleció inesperadamente y Poe se quedó solo con su padre, Kes Dameron, quien aún tiene dificultad para superar el dolor por la muerte de su esposa y desea fervientemente mantener a su hijo a salvo.

Ahora, con dieciséis años cumplidos, lo que más quiere Poe es dejar su hogar en la tranquila luna de Yavin 4 y buscar aventuras por todo lo ancho de la galaxia, mientras que su padre desea con desesperación mantenerlo a su lado. Así que, cuando una banda de contrabandistas le ofrece a Poe un trabajo para sacarlos del planeta, él lo ve como una oportunidad que no puede desaprovechar. Para cuando se da cuenta de que los contrabandistas en realidad forman parte del temible grupo criminal conocido como los Traficantes de Especies de Kijimi, ya está demasiado involucrado. Como incentivo adicional para quedarse está su floreciente amistad, o tal vez, algo más que eso, con Zorii, una joven traficante. Sin embargo, ¿acaso es este su destino? ¿Es esta la vida que quiere? Mientras aparecen peligros por doquier, Poe tendrá que descubrir dónde quiere estar y quién quiere ser.

*Por siempre, para mi familia*

Un gran agradecimiento a toda la familia de Star Wars, en especial a Michael Siglain y a mi maravillosa editora, Jen Heddle; a mi agente, Josh Getzler; a mi buen amigo, Bryan Young, y a todas las personas que ayudaron a hacer realidad este libro.

Estoy eternamente en deuda con ustedes.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

## **PARTE I: ANCLADO**

## CAPÍTULO 1

–¡Wuuuujuuuu!

El grito brotó de los labios de Poe Dameron mientras el A-Wing viraba hacia arriba con un largo y agudo estremecimiento; la vieja nave apenas había alcanzado a esquivar al trío de naves de la Fuerza de Defensa Civil que se dirigían hacia ella.

–Esto no se ve bien, Poe, nada bien –murmuró para sí mientras revisaba el monitor de su nave. Eran cuatro naves en total. Todas armadas. Y, probablemente, con una tripulación enojada. Además, todas estaban en mejor estado que la vieja nave de su madre. Aquello no lucía muy prometedor—. ¿Y qué? –se preguntó, esbozando una sonrisa traviesa.

Se supone que esto sería divertido, se dijo. Solo un paseo rápido para liberar estrés. Sin embargo, había ido más lejos y más alto de lo que tenía contemplado, y para cuando se dio cuenta, ya estaba en la mira de las otras naves.

Poe escuchó un crujido: un mensaje de sus perseguidores, y lo ignoró. Pero la voz ronca llegó a sus oídos de cualquier forma.

–Poe, esta es tu última advertencia, chico –le indicó Griffus Pinter, uno de los mejores amigos de su padre y un pilar de la Fuerza de Defensa del sistema Yavin. Poe podía visualizar la expresión del viejo a la perfección: la desaliñada barba gris agitándose ligeramente con cada palabra repleta de ira–: No me obligues a derribarte.

Poe dudó por un instante; su mano se detuvo sobre los controles de la nave. A pesar de que tenía solo dieciséis años, Poe era lo suficientemente maduro como para reconocer cuando se encontraba ante un punto decisivo. Podría rendirse, entregarse y salir bien librado. No pasaría

de un regaño más. Claro, tendría que enfrentarse a la ira de su padre otra vez, pero incluso su frialdad tenía un límite. Sería solo un incidente más que agregar a la larga lista de rebeliones de Poe, las cuales había empezado a acumular desde... pues desde hace ocho años.

Desde los días más oscuros de su joven vida.

El A-Wing viró hacia abajo, como si se dirigiese a la luna y la nave apenas pudo resistir el movimiento tan repentino. Poe se percató por los sonidos que emitía y que él jamás había escuchado. Griffus se escuchaba igualmente horrorizado. Las palabrotas que emanaban del comunicador casi se escuchaban melódicas; una colección de groserías que Poe no habría podido imaginar ni en sus momentos de mayor creatividad.

Todo había empezado como una travesura. Aunque, para ser sincero, una travesura impulsada por la ira. La discusión con su padre había terminado casi de la misma manera que todas las anteriores. Siempre que Poe mencionaba la idea de volverse piloto, de marcharse de Yavin 4 y seguir los pasos de su madre, Shara Bey, su padre respondía con rechazo absoluto e inmediato. Eran los únicos momentos en los que veía en su padre la más mínima chispa de emoción. El resto del tiempo, Kes Dameron era taciturno, solitario y distante. Esta vez, intercambiaron palabras más duras. Él le recordó a Poe su inexperiencia y juventud. Lágrimas, gritos, puertas azotadas y una brecha cada vez más grande entre los dos.

Subirse al A-Wing le pareció el escape más rápido. Un lugar donde se podía ocultar y pensar. El olor y la sensación de la nave de su madre eran el último santuario de su recuerdo. El último lugar donde Poe podía conversar de algún modo con una mujer que debería seguir ahí. Debería seguir en casa, esperándolo cuando llegara tarde y alterado, para recibirlo con una taza de té de tarine caliente entre sus manos desgastadas por el trabajo, y con una sonrisa reconfortante en el rostro.

«¿Hay algo que quieras contarme, Poe?», le habría dicho ella en aquellos momentos imaginarios, esas escenas que aún se sentían reales y que seguían doliendo demasiado.

Antes de darse cuenta, estaba accionando interruptores y sacando la nave. En aquel instante, la mente de Poe viajó ocho años atrás, a la misma cabina, en el mismo A-Wing, y pudo ver la mano de su madre sobre la suya, guiándolo. Solían sacarlo de vez en cuando. Siempre que su padre protestaba, ella le decía que quería que Poe aprendiera. ¿Quién mejor que ella para enseñarle? La nave había dado una voltereta de 360 grados, y sus cabezas habían chocado mientras ella reía, con esa risa clara y fuerte que la caracterizaba. Confiada y cálida, como todo lo relacionado con su madre. Incluso desde entonces, Poe sabía que Shara Bey era una heroína. Si bien no estaba consciente del hecho de que era una heroína para la Rebelión, para las fuerzas que eventualmente se unirían para formar la Nueva República, era una heroína ante sus ojos. Una luz que lo atraía, una fuente de fuerza interminable para él.

Y ahora, se había ido.

Su mente volvió de golpe al presente. Los gritos con estática de Griffus fueron reemplazados por una voz más clara. Amenazante. Desconocida.

La oración fue corta, pero el mensaje era muy muy claro.

–Fuego.



Los dos primeros fueron disparos de advertencia. A pesar de su falta de experiencia en batallas espaciales, Poe sabía lo suficiente. «Diles lo que haces, a cada paso», le había dicho su madre. «Si quieres reducir la magnitud de un



conflicto, tienes que darles la oportunidad de hacerlo por ti».

Pero el tercer disparo lo alcanzó con más fuerza y el A-Wing salió volando en círculos. La nave giraba y los controles parpadeaban.

–Uy, creo que le dimos...

–Demonios, no, no –dijo otra voz–. Cambien el curso de inmediato. Tenemos que recuperar...

Entonces, se cortó la comunicación. Un silencio espeluznante reemplazó el estrépito e invadió el estrecho espacio dentro del A-Wing. A Poe se le heló la piel mientras trataba de recuperar algo de equilibrio.

La voz del oficial de la Fuerza de Defensa se escuchaba nerviosa. Alguien se había extralimitado, disparado con la intención equivocada. El silbido del aire, de un compartimento roto, de algo que había salido mal, llenó los oídos de Poe y su cabeza golpeó el respaldo del asiento; un segundo después, se escuchó un fuerte golpe. Ni siquiera se podían contar el número de vueltas que daba la nave; se encontraba atrapada en una rotación constante y apuntando hacia abajo. La pantalla de control estaba apagada.

Poe trató de mantener los ojos abiertos. Buscó enfocarse en lo que podía hacer. La nave no estaba muerta. No podía estarlo. Era la nave de su madre, y había sido su compañera fiel en más misiones rebeldes de las que Poe podría haber imaginado. Shara Bey, de la Rebelión. Heroína de la Batalla de Endor. Amiga de la Princesa Leia Organa y del Caballero Jedi Luke Skywalker.

«Su madre».

Mientras aumentaba la presión y la nave se destruía a su alrededor, la mente de Poe se dirigió a la granja. Puso los ojos en blanco; su mente estaba abrumada por el vértigo mientras el tembloroso A-Wing ganaba velocidad, y salía impulsado hacia la atmósfera de la luna de Yavin. Iba a casa.

–Lo siento, papá –susurró Poe–. Mamá.

## CAPÍTULO 2

Kes Dameron abrió la puerta principal de la pequeña casa que había construido con sus propias manos. Contempló la noche en Yavin 4, que se extendía sobre las hectáreas de campo que él trabajaba a diario, y entrecerró los ojos para tratar de distinguir algo a la distancia. Cualquier cosa. Un destello de luz. Una figura ensombrecida. Una señal de que no había cometido otro terrible error.

Había escuchado el A-Wing encenderse. No le sorprendió. Durante los últimos ocho años, desde que Shara murió, muchas veces habían tenido diferentes versiones de la misma discusión. Poe le hablaba de su deseo de volar, de ser como su madre, de unirse a la Nueva República, de ver las estrellas. La forma variaba: a veces, como un comentario imprevisto sobre Shara; otras como una pregunta inocente sobre el pasado.

«¿Cómo era Han Solo, papá?».

«¿Podemos hablar de la Batalla de Endor?».

«¿En verdad mamá ayudó a destruir la Estrella de la Muerte?».

Y cada vez, de manera distinta, Kes rechazaba los intentos de su hijo. A pesar de que habían pasado ocho años, aún le costaba trabajo hablar de Shara. Todos sus recuerdos estaban empacados. Kes los había guardado en uno de los cobertizos a orillas de las tierras de cultivo que solían pertenecer a ambos, y él no se atrevía ni a acercarse a él. No soportaba recordar la forma en que su sonrisa iluminaba hasta los momentos más oscuros, o lo ayudaba a calmarse con solo poner una mano sobre su rostro. Le dolía demasiado. Le dolía verla, o ver parte de ella al menos.

Una parte que seguía viviendo, respirando y moviéndose en Poe. Su sed de aventura. Su encanto. Era el chico de Shara, pero ella se había ido. Por mucho que amara a su hijo, le seguía doliendo ver a su esposa reflejada en sus ojos.

Kes estaba consciente de que había sido distante. Con el chico, con sus viejos amigos, con todos los que los conocían a él y a Shara. Había ignorado sus mensajes, pasaba horas en la granja, y casi nunca se aventuraba al pueblo o a los muelles. Cuando compraron estas tierras en familia para cultivarlas, se sintieron atraídos por el clima tropical de Yavin 4. Ahora, lo que le agradaba a Kes era lo pequeño del asentamiento. Conocía prácticamente a todos los habitantes de esa luna, así como sus rutinas, por lo que era más fácil evitarlos y seguir con sus asuntos sin ser molestado.

La mayoría de sus amigos había captado el mensaje, y dejaron de reportarse después de un par de años. Si se los encontraba en el pueblo, interactuaban breve y amablemente, pero nada más. De cualquier modo, Kes prefería estar solo. Ya con eso tenía bastante. Sin embargo, L'ulo L'ampar seguía estando presente en sus vidas.

El piloto duro era su amigo, y podía iluminar cualquier situación con su piel verde y sonrisa alentadora. Era leal y honesto. Sinceramente, Kes no quería que desapareciera de sus vidas. L'ulo solía pilotear para la Rebelión con Shara desde antes y después de la Batalla de Endor. Él la había persuadido de retirarse después de la épica derrota del Imperio. Incluso se había instalado en Yavin 4 como parte de las Fuerzas de Defensa Civil del sistema, aunque viajaba con frecuencia. Más que un amigo, era como parte de la familia, y siempre que los visitaba, Kes se esforzaba porque esos momentos fueran especiales. Poe adoraba a L'ulo, a pesar de su renuente actitud de adolescente. Lo consideraba un talismán perdido, una conexión con la madre a quien olvidaba más y más conforme pasaba el tiempo.

po. Para Kes, L'ulo era la conexión con una vida que ya no tenía ni estaba interesado en recuperar. Una vida de peligro e intriga. Y, en sus mejores momentos, una vida de amor. Pero ocho años atrás había tenido que pagar un precio muy alto por ese amor, y jamás volvería a arriesgarse de ese modo. Así que cuando L'ulo los visitaba, celebraban. Le permitía a su amigo fascinar a Poe con historias de las batallas contra el Imperio, compartirle consejos y trucos de vuelo, y bañarlos del brillo de Shara por un poco más.

«Poe».

¿En qué había fallado Kes? ¿Acaso su propio dolor lo había vuelto demasiado egoísta? ¿Se había enfocado tanto en protegerse y borrar el pasado que no se había detenido a considerar que tal vez su hijo necesitaba alguien con quien conectar? ¿Alguien con quien reír, llorar o con quien recordar a su madre? Kes sabía que todo esto era cierto, pero no podía controlar lo que había hecho. Poe tenía lo mejor de los dos, pero Kes solo podía ver lo mejor de Shara cuando contemplaba a su hijo, que ya era más un hombre que un niño. Veía su audacia, su fascinación ilimitada y su sed de aventura. Veía claramente los límites de Yavin 4 y sabía que, en algún momento, Poe se marcharía, con o sin su bendición.

Kes salió al patio y pateó un cúmulo de tierra en el largo sendero que llevaba a la pequeña casa. Podría haber sido más indulgente con Poe. Apoyarlo y confiar en que los valores que le habían inculcado (precaución, confianza en sus habilidades y fe en la Fuerza) serían suficientes. Pero Kes no era ese tipo de persona. Ya no. Ya había perdido demasiado. No podía perder a su hijo también. Si para evitarlo tenía que construir un muro que los separara del recuerdo de Shara y evitar que Poe saliera al espacio hasta que estuviese listo, que así fuera.

Kes sacudió un poco la cabeza. Escuchó el ruido, pero le tomó un instante registrarlo.

Pasos.

Volteó al extremo de su propiedad. Dos figuras. Armadas. Se llevó la mano al costado para tomar su arma, que ya no estaba ahí. Que no había estado ahí desde aquellos días cuando trabajaba como pathfinder para la Rebelión. Pensó en volver a la casa para tomar el bláster que guardaba detrás de su cama, pero sabía que no había tiempo. Aunque había sido un pathfinder, Kes ya no era tan rápido como solía ser, y los hombres se acercaban a paso veloz. Estaría muerto antes de llegar a la puerta.

El hombre de la izquierda lo saludó con la mano. Kes esperó. Un signo de paz, pensó, pero ya antes había sido engañado por hombres astutos. Sintió que su mano se acalambraba mientras sus dedos seguían estirándose para tomar el arma que no estaba ahí. «¿Qué querrían estos hombres?».

Cuando se acercaron más, el hombre de la izquierda habló con un tono de voz fuerte y grave.

—¿Kes Dameron?

Al fin pudo vislumbrar sus rostros en la luz que reflejaba Yavin. Personal de la Fuerza de Defensa. Kes conocía al hombre de la izquierda. Robhar Dern. Había trabajado con Shara. Pero no conocía al de la derecha. Quienesquiera que fueran, seguro traían malas noticias. La Fuerza de Defensa no pasaba a tu casa para saludarte, ni para ver cómo estaban tú y tus hijos.

«Poe».

Kes sintió que su piel se helaba.

—Kes, lamento molestarte —se disculpó Dern, estrechando su mano con fuerza. Se veía cansado. Se habían apresurado para llegar. Eso no auguraba nada bueno.

—No es molestia —respondió Kes—. ¿Qué los trae por aquí tan tarde?

—Guz Austin, señor —se presentó el nuevo; su mirada era joven y ansiosa—. Queríamos agradecer...

–¿Qué hacen aquí? –preguntó Kes, más contundentemente esta vez, con la mirada fija en Dern.

Dern se retorció un poco, y su rostro se contorsionó en una mueca incómoda.

–Kes, necesitamos que nos acompañe a la estación, ¿sí? –pidió Dern.

Kes no necesitaba escuchar nada más. Su corazón se encogió y sintió que una sensación de vacío invadía todo su interior.

## CAPÍTULO 3

—Despierta —exclamó alguien—. Levántate, chico. Hora de irse.

Entre palabra y palabra, Poe sentía una punzada de dolor en el costado. No muy fuerte, pero concentrada. Sabía lo que era. La culata de un rifle bláster. No era su primera vez ahí. Pero era la primera vez que se sentía tan mal, o tan sorprendido de haberla librado. «Estoy vivo», pensó. Debería estar saltando de alegría. Pero solo sentía dolor y... ¿vergüenza? No quería abrir los ojos. No quería estar vivo. No así, con todo el cuerpo adolorido, con la boca seca, con el rostro frío y empapado con sus propias lágrimas. Aquellos emocionantes momentos en el espacio, en la nave de su madre, se habían ido para siempre. El recuerdo del aterrizaje era borroso. Tenía visiones del A-Wing mientras se estrellaba en el agua y de los especialistas de la Fuerza de Defensa al rodear la nave para amortiguar el golpe. Pero recordaba lo suficiente para saber que la nave de su madre había sido destruida. Aunque supuso que no debería estar pensando en eso. Debería estar feliz de haber salido intacto de aquello, con dos piernas, dos brazos y la cabeza entera. Pero el dolor que sentía no era físico; era por la nave de su madre. La nave en la que había aprendido a pilotear al lado de su madre. Y ahora, al igual que Shara Bey, se había ido. Al igual que a Shara Bey, la habían derribado del cielo de un disparo, justo frente a su ventana.

Sintió una mano en el cuello de su camisa que lo obligó a ponerse de pie. Lo hizo por instinto, no por gusto. Las piernas le temblaban, le dolía la espalda y al pasarse la